

DE NÚÑEZ DE ARENAS AL PLURALISMO METODOLÓGICO. TODO EN MENOS DE UN SIGLO

David Ruiz

Universidad de Oviedo

Tanto a la historiografía española sobre los trabajadores como al movimiento obrero mismo se les podrá reprochar del destacado papel que en la trayectoria de ambos tuvo el voluntarismo de los actores. No así de la falta de reflejos respecto a los principales acontecimientos a lo largo del siglo XX.

Las últimas puestas al día sobre la historiografía de Carlos Forcadell, Francisco Erice, Pere Gabriel y Ramón García Piñeiro¹, a la vez excelentes balances de lo realizado en las décadas de mayor producción, las tres últimas del siglo pasado, no anuncian precisamente la inminencia de nuevas auroras. Y el cuarto de los autores citados se pronuncia resueltamente por el declive de investigación sobre el pasado de los asalariados y sus organizaciones.

Como figuro entre los convencidos de que así ocurrirá, quiero en esta ya plena fase crepuscular, «antes de que anochezca», recordar algunos datos de la peripecia recorrida por el ya ¿anciano? movimiento social que mayor atracción/repulsión ha suscitado en la España del siglo XX. Contradictorias actitudes que en este país cristalizaron con singular vigor por la especial forma que adoptó la lucha de clases que llevó a 1936 y las secuelas dejadas por la Guerra Civil hasta nuestras días. Veamos, pues, algunos episodios que ilustran el no siempre edificante itinerario recorrido por la historiografía del movimiento obrero en España.

¿RESULTÓ UN INFORTUNIO QUE LA UNIVERSIDAD NO FUERA LA CUNA DEL PRIMER ESTUDIO CON PRETENSIONES DE CIENTIFIDAD?

Lógico que no estuviera en las preclaras mentes de quien ocupaban las cátedras de Historia cuando no había departamentos, pero tampoco los ginerianos krauso-positivistas la privilegiaron dentro de la renovación de los saberes de la época la investigación empírica y teórica de la historia. Por otra parte la situación de «las clases trabajadoras», como invocara con rotundidad

1. Los artículos de C. FORCADELL («La historia social en España. Edad Contemporánea») y P. GABRIEL («Mundo del trabajo y cultura política obrera en España, siglo XIX») en S. CASTILLO Y R. FERNÁNDEZ, coords: *Historia social y ciencias sociales Lleida*, edit. Milenio, 2001, pp 69-84 y 357-372 respectivamente. El de F. ERICE («La clase obrera española en el siglo XIX: balance y perspectivas historiográficas») en M. ORTIZ, D. RUIZ e I. SÁNCHEZ, coords: *Movimientos sociales y Estado en la España Contemporánea*. Cuenca, ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2001; pp.243-264. El de RAMÓN GARCÍA PIÑEIRO «El obrero ya no tiene que le escriba. La movilización social en el tradofranquismo a través de la literatura más reciente» en *Historia del Presente*, nº1 pp. 104-115. UNED, 2002.

y audacia Fernando Garrido, sería contemplada un cuarto de siglo después como tierra de misión a redimir a través de la cultura, no como objeto de estudio por los institucionistas reunidos en la Extensión Universitaria de Oviedo del comienzo del siglo en cuyo notorio elenco de profesores destacaría el historiador Altamira. Nada extraño, pues, que el interés por el pasado de los obreros tampoco encontrara acomodo durante la primera década del siglo XX en el más refinado ambiente de la laica y libre Institución.

Tuvo que ser en el seno de la Casa del Pueblo de Madrid durante la Segunda República donde Manuel Núñez de Arenas, impulsor de la Escuela Nueva y uno de los raros militantes socialistas licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad madrileña, conferenció sobre la temática recogida después en «Algunas notas sobre el movimiento obrero español», publicado en 1916 como apéndice a la versión castellana de un libro de George Renard (Profesor del Colegio de Francia) sobre *Sindicatos, Trade Unions y Corporaciones* editado en Madrid por Jorro.

De las 77 páginas del original mecanografiado de Núñez de Arenas conservado por Amaro del Rosal (dirigente de la UGT y afiliado al PCE) y donado al Departamento de Historia de la Universidad de Oviedo a su retorno del exilio mexicano en los años de la transición democrática, doce las dedica a una introducción sobre los gremios y nueve a una interesante bibliografía en la que figuran 140 títulos en castellano y francés, 30 de revistas y periódicos socialistas, seis de procedencia anarquista y tres católicas. En definitiva, una casi exhaustiva documentación impresa a la que aplicó una sencilla, no simple, metodología materialista logrando que el citado apéndice se convirtiera en el primer estudio histórico del movimiento obrero desde sus orígenes hasta la I Guerra Mundial con inequívocas pretensiones de cientificidad. Un estudio, en fin, tan solvente como impregnado de honestidad intelectual que sin embargo no le librarían del silencio que sobre él cayó durante más de medio siglo. Exceptuando la favorable acogida que de él hizo en 1918 el autodidacta Juan José Morato en su libro sobre el PSOE, impresionado por la inestimable aportación de aquel «joven cultísimo y alma de la Escuela Nueva». Hubo que esperar a 1970 para que fuera publicado por la editorial barcelonesa Nova Terra con una introducción del hispanista Robert Marrast y notas de Manuel Tuñón de Lara. Con anterioridad no había merecido ni siquiera figurar en la extensa bibliografía que el historiador académico de más empaque, Manuel Ballesteros Beretta, incluyó en su VIII y último tomo de la *Historia de España* aparecido en 1936. Y ello a pesar de que el citado volumen finalizaba con la proclamación de la II República en 1931 e incluía, además, unas páginas dedicadas al movimiento obrero en las que el ya renombrado historiador sí se hacía eco, en cambio, de las aportaciones ensayísticas de militantes como la del socialista Francisco Mora y la del anarquista Anselmo Lorenzo².

2. Esta y otras referencias pueden verse en D. Ruiz «Las lecciones del pasado en el movimiento obrero español, 1894-1936» en J. MAURICE, B. MAGNIEN y DANIELE BUSSY, dirs.: *Pepuple, mouvement*

Tres factores explican, a mi juicio, el largo ostracismo al que fueron sometidas las «Notas...» de Manuel Núñez de Arenas: que se publicaran como apéndice a la obra de G. Renard, que su autor se pronunciara por el «tercerismo» en la crisis del PSOE durante el bienio 1919-1921 siendo miembro de la dirección federal en la más tensa coyuntura vivida por el partido fundado por Pablo Iglesias y, finalmente, que al figurar como miembro del primer comité central del PCE entre 1921 y 1923 corriera con sus indeseadas consecuencias también en el plano intelectual. Entre ellas tener necesidad de buscar refugio político en Francia durante la dictadura de Primo de Rivera, anticipo del exilio que repetiría en 1939, tras ejercer como Inspector de Enseñanza en el gobierno de la República y colaborar con ésta hasta su derrota. Sólo que en esta segunda ocasión tendrá el infortunio añadido, como muchos otros, de ser capturado por la Gestapo y sufrir prisión entre 1942 y 1944 por su implicación en la Resistencia. Su segundo y definitivo infortunio, el fallecimiento en París en 1951, significaría para su legatario, Tuñón de Lara, cumplir el sueño de convertirse en historiador profesional al conocer personalmente Pierre Vilar en el velatorio del cadáver de Núñez de Arenas. (Testimonio de M. Tuñón al autor de este artículo en la primavera de 1967)

EL TIEMPO EN QUE FUNCIONARIO DE LA SEGURIDAD DEL ESTADO, CONTROLÓ TAMBIÉN EL PASADO DEL MOVIMIENTO OBRERO

Aquél tiempo no fue otro que el de la inacabable postguerra cuando, como es sobradamente conocido, se dieran reunidas las más adversas condiciones para investigar sobre el paso de las organizaciones obreras legal y casi físicamente aniquiladas en 1939. Objeto, además, del más violento expolio archivístico que recordaban los tiempos destinado a proveer de datos para, en su caso, proceder al control de quienes perteneciendo a sindicatos de clase, partidos defensores de la República y masonería, lograron escapar al exilio y a la condena.

Pero en las sedes de partidos, además de libros de afiliación, también encontraron libros, folletos, declaraciones, etc. que servirían de base documental para tergiversar, denigrar y descalificar sin tregua a organizaciones y dirigentes de la República derrotada. Tenaz trabajo propagandístico realizado por escritores falangistas e individuos pertenecientes o muy cercanos a la nueva Brigada Político-Social del nuevo Cuerpo de Policía al que, junto a la Guardia Civil y la Policía Armada, la dictadura había confiado la vigilancia y mantenimiento del Nuevo Orden.

Fue en aquel sombrío contexto de la postguerra cuando el inspector de la policía Eduardo Comín Colomer, autodidacta aficionado, publica la *Histo-*

ouvrier, culture dans l'Espagne contemporaine. Saint Denis, P.U. Vincennes, 1990; pp 267-279. Por otra parte al no figurar el libro de G. Renard en la bibliografía sobre el movimiento obrero español de René Lamberet (París, Les Edicions Ouvrières, 1953), prologada por E. Dolléans, tampoco hubo mención de la aportación de Núñez de Arenas en la más exhaustiva relación hasta entonces publicada.

ría del anarquismo español 1836-1948, (editada en Madrid por RADAR en torno a 1950 aunque no consta fecha de edición), una vez concluida la desarticulación de la guerrilla y desmantelada organización anarquista. El citado libro apareció dos años después de que el mismo autor publicara otro (*Investigación Social. La pesquisa policial en la actividad subversiva contra el Estado*), de índole más instrumental como su título delata.

En cambio, en el «estudio histórico» aludido, Comín Colomer reproduce textos anarcosindicalistas que bien pudieron ser de «cosecha propia» en sentido literal, es decir, producto del botín de guerra sustraído en las sedes de la CNT. Documentos que aunque no le dieron pié para referir el estirado relato hacia atrás que del anarquismo realiza, sí le sirvieron de pretexto para, curiosamente, convertir el volumen en un burdo alegato anticomunista. Eran tiempos en que la Guerra Fría imponía a los guardianes del Caudillo lo políticamente correcto, de ahí que aquel libro se convirtiera una especie de entrega anticipada, cabría decir, de su posterior investigación «histórico-detectivesca», la de los dos gruesos volúmenes que sobre el Partido Comunista publicó años después, en 1965. Auténtica «obra magna» del peculiar historiador, una vez aniquilado el cenetismo antifranquista, las consecuencias de las huelgas de la primavera de 1962 le debieron hacer ver que la principal organización marxista-leninista merecía un tratamiento de choque, una monografía voluminosa ya que el PCE, efectivamente, renacía con vigor de sus cenizas desde comienzos de aquella década.

Sin embargo, coincidiendo con la aparición de primera obra del citado inspector de policía Comín Colomer (posterior donante de su interesante fondo a la Biblioteca Nacional) destinada menos a convencer a los «desafectos» que a aleccionar a los «indiferentes» al régimen, no dejó de sorprender la aparición en 1952 de un breve librito de José María Jover, joven historiador de la Universidad de Madrid, titulado *Conciencia burguesa y conciencia obrera en la España Contemporánea*, fruto de una conferencia pronunciada en el Ateneo madrileño en abril del año anterior.

Dado el tiempo en el que apareció el título no era desafiante para la corriente falangista que se encontraba en horas muy bajas, pero desagrado debió provocar en gran parte de su entorno académico el hecho de que Jover, además de utilizar los términos «burgués» y «obrero», confesara en la introducción, aunque de forma un tanto críptica, que el texto eludía «lo que no debe eludir». Mensaje quizás pensado para el auditorio ateneísta que relacionado con el enfoque «mentalizador», entonces novedoso, que dió a la conferencia documentada en las fuentes literarias de la época. En especial en el costumbrismo madrileño (Galdós, Mesonero Romanos, Bretón de los Herreros...) en un tiempo en que, como anteriormente se indicó, los archivos de las organizaciones obreras estaban tan vedados los nacionales como dispersos los parcialmente accesibles en tierras del exilio Toulouse, México DF, después también en Amsterdam.

En cualquier caso, con fuentes literarias y testimoniales, Jover ofreció una aproximación interesante a las singulares mutaciones de la clase domi-

nante (sobre todo la residente en Madrid) del XIX que caracterizó de «burguesía inquieta», «de los negocios» y «hogareña». Conceptos que contextualizó en las secuencias temporales de los clásicos movimientos acuñados por los historiadores de la literatura: romanticismo, realismo, naturalismo. Fuentes, enfoque y contenido sobradamente discutible, desde otras perspectivas, para dar respuesta al ambicioso enunciado de la conferencia en la que la confrontación ideológica, un invento marxista para muchos franquistas, en absoluto se explicitaba.

Así y todo, mérito tenía manejar la categoría de clases sociales en un tiempo en que los propagandistas católicos cerraban filas, volcados como estaban en la preparación del Concordato que firmarían en 1953. No obstante difícil era aplicar la censura a un texto en el que un importante factor de los males acaecidos se remitía a la existencia de una conciencia obrera «temperamentalmente propicia al anarquismo». Más ortodoxo era aún justificar la «apostasía de las masas» como resultante de la «sustitución del evangelio cristiano por el de la violencia que desembocaría en la guerra civil». Ante tales afirmaciones ¿tan agobiante era la presión del entorno para que José María Jover hiciera concesiones tan fuertes al nacional-catolicismo?. Su ulterior retorno académico a temas de menor riesgo con la publicación en 1956 de *Política mediterránea y política atlántica en la España de Feijóo* y la de *Carlos V y los españoles* en 1963, relegaría aquella conferencia impartida en el Ateneo madrileño de la posguerra a una incursión excepcional cuyas motivaciones, al haber transcurrido ya más de medio siglo de su publicación, nadie mejor que el propio Jover podría referir ampliando la valoración que del mismo episodio hizo a Antonio Morales en 1996³.

En los sesenta, la historia del movimiento obrero fue casi monopolizada por la Universidad de Barcelona

Impulsada inicialmente por Jaime Vicens, la «tesina» de Casimir Martí *Orígenes del anarquismo en Barcelona* sería el estudio pionero. Publicado en 1959, un año antes del fallecimiento del acreditado renovador de la historiografía en castellano y catalán y de la ponencia de Vicens-Nadal-Martí sobre la conflictividad obrera española de los años treinta que en 1960 publicaría el Comité Internacional de Ciencias Históricas.⁴

3. En Nueva Revista núm. 43, 1996; pp.16-27. Reproducida tres años después en *Historiadores españoles de nuestro tiempo*. Madrid, Real Academia de la Historia, 1999; sobre la conferencia ver pp. 12-14.
4. El principal antecedente catalán era el libro de M. RAVENTÓS (*Assaig alguns episodis històrics dels moviments socials a Barcelona en el segle XIX*. Barcelona, 1925). En la ponencia conjunta de Vicens, Nadal y Martí («Los movimientos obreros en tiempos de la depresión económica, 1929-1936. Sus consecuencias de orden político y social» el primero examinó la evolución de la coyuntura económica, el segundo la demográfica y el tercero la huelguística. Vicens concluía que la conflictividad obrera no estuvo motivada por los problemas económico-laborales sino que «fueron factores políticos y pasionales los que llevaron a hacer estallar las estructuras sociales que testimoniaban la opresión en que el régimen (la República) mantenía al país».

La posterior llegada de Carlos Seco Serrano a la cátedra de Historia General de España de la citada universidad afianzaría la línea abierta por Jaime Vicens dando lugar a la publicación de al menos cinco estudios, uno por año, entre 1964 y 1969. Dos «tesinas» (Oriol Vergés y Albert Balcells) dos tesis (la de Josep Termes sobre la AIT en España y la de Antoni Jutglar sobre las ideas sociales de Pi y Margall) y un nuevo estudio de C. Martí sobre las sociedades obreras en la Barcelona de 1856. Y, finalmente, la publicación por el propio Carlos Seco de las *Actas* de la Región Española de la AIT tras su celebrado hallazgo en la Biblioteca Arús de Barcelona.⁵

Más allá de la universidad barcelonesa, el desinterés por la temática sería el rasgo dominante en las restantes. Una situación que el autor de este artículo tuvo la oportunidad de conocer personalmente cuando en 1967 se le requirió desde la Universidad de Oviedo para proponer al decano de la Facultad los tres vocales del tribunal para juzgar la tesis sobre «Industrialización y orígenes del movimiento obrero asturiano» que había iniciado en 1963. De la meticulosa exploración por el escalafón realizada, solo Carlos Seco, José María Jover y Miguel Artola, destinado entonces en la Universidad de Salamanca, se acreditaban como catedráticos idóneos, según exigía la normativa vigente, para juzgar la tesis..

Gracias a que en aquel ambiente, digamos predominante en vez de asfixiante, se había venido difundiendo la publicación en castellano de *Revolución en España* (Barcelona, 1960) título que, como es sabido, recogía los 29 escritos de Marx y Engels sobre la primera mitad del siglo XIX. Un volumen del que aprenderíamos menos de los artículos de Marx y Engels, pese al interés que el análisis de algunos episodios y períodos tenía, que del prólogo redactado por el filósofo Manuel Sacristán (lo firmó con el seudónimo Manuel Entenza) quién aprovechó hábilmente el encargo editorial para impartir una clase práctica de metodología histórica comparada (marxista/positivista) utilizando episodios del XIX español para mostrar las diferencias interpretativas de A. Ballesteros y K. Marx al respecto. Inolvidable aquel pedagógico prólogo de Manuel Sacristán, de lectura casi clandestina pese a estar autorizado por la censura, en las facultades de historia de la época.

5. Los libros de ORIOL VERGÉS (*La I Internacional en las Cortes de 1871*, 1964); de JOSEP TERMES (*El movimiento obrero en España. La Primera Internacional (1864-1881)*, 1965); de A. JUTGLAR (*Federalismo y Revolución. Las ideas sociales de Pi y Margall*, 1966; y la transcripción y estudio preliminar por C. Seco de las Actas de los Consejos y Comisión Fedral de la Región Española, 1870-1874, en 1969), fueron publicados por la cátedra de Historia General de España de la Universidad de Barcelona. En cambio el de A. BALCELLS (*El sindicalismo á Barcelona, 1916-1923*) lo fué por la editorial Nova Terra de Barcelona en 1964. Y la nueva aportación de C. MARTÍ («Las sociedades obreras de Barcelona y la política en junio de 1853») figuró incluida en el *Homenaje a Jaime Vicens Vives* publicado por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad en 1967, tomo II; pp 373-381. Consta, así mismo, la existencia de una ponencia de 37 páginas, inédita, de J. Vicens sobre «El moviment obrerista catalá 1901-1936», de 1960, el año de su muerte, depositada en la biblioteca de la Abadía de Montserrat.

En los primeros setenta los Coloquios de la Universidad de Pau normalizarán la temática del movimiento obrero que la coyuntura política incentivará en la segunda mitad de la década

Los Coloquios surgieron del desarrollo de un Seminario de Literatura e Historia sobre los siglos XIX y XX, promovido desde el Centro de Investigaciones Hispánicas de la Universidad de Pau, cinco años después de la llegada de Tuñón de Lara a ella en 1965. Ello supuso que, junto a los hispanistas de Burdeos y Toulouse, se sumaran ya en 1969 unos pocos profesores universitarios españoles, no historiadores la mayoría, lo que no impidió que desde el año siguiente se convirtieran los encuentros anuales de Pau en la principal alternativa al contemporanismo historiográfico del interior. La controlada en la mayoría de las universidades españolas, desde las cátedras de Historia Moderna, por la denominada «escuela de Navarra» liderada por el sacerdote Federico Suárez Verdeguer, esclarecido miembro del Opus Dei.

Como es sobradamente conocido, el contexto académico dominante del momento colaboraría con el político en el miniproceso de satanización a que fueron sometidos los Coloquios de Pau celebrados bajo la dictadura, al entenderlos como lugar de cita política de rojos destinada a planear, como creía la policía, la anual subversión universitaria planeada y coordinada por los historiadores marxistas, naturalmente todos ellos afiliados al Partido Comunista.

Durante mucho tiempo de casi nada sirvió que Tuñón de Lara, que ya no militaba en el PCE, se desgañara defendiendo la cientificidad del evento ante tirios y troyanos en cada ocasión que se le presentaba. Entre otras razones porque no estaba dispuesto a arriesgar el puesto universitario logrado después de las mil peripecias personales sufridas, primero en el Madrid de la posguerra y después en el París de mediados de siglo. No obstante la paranoia conspirativa procedente del otro lado de los Pirineos sería mantenida año tras año dándose el caso de algunas BPS provinciales, como la de Asturias, en donde el comisario Claudio Ramos, ya renombrado por su extremado celo profesional con la disidencia obrera y estudiantil, negaba y obstruía sistemáticamente la concesión de pasaportes a profesores y estudiantes del último curso de la especialidad interesados en asistir a los Coloquios de Pau. O cuando una vez autorizadas las salidas, el citado comisario alertaba de ellas a sus colegas guipuzcoanos a los efectos de controlar los retornos en la frontera de Hendaya para efectuar la inevitable requisa de libros prohibidos en España que se adquirían en Francia. La *Guerra Civil* de H. Thomas y la *Falange* de Stanley G. Payne, editados en París por Ruedo Ibérico, eran claramente subversivos.

Sin embargo, episodios de este tipo y otros de no menor inocencia a comienzos de los setenta todavía surtían el efecto de sembrar dudas sobre «lo que se tramaba en Pau», en los tres días de estancia en el «*Lourdes historiográfico*» al que acudieron historiadores, economistas, politólogos y

juristas entre los que el «largo brazo del partido», el innombrable PCE, no podía estar ausente. Casos hubo entre los invitados de optar por la «elección más racional», la «espera y ver» para no contaminarse de tuñonismo, antes de adherirse a los Coloquios retrasando la decisión hasta la llegada de la democracia.

No obstante, también debo testimoniar que en Pau no solo existía la posibilidad de comunicar y coloquiar científicamente durante la jornada diurna. Principalmente cuando en las horas nocturnas, liberados de la paternal vigilancia de Tuñón, además de ver cine prohibido en España se podía confraternizar con jóvenes emigrantes «económicos» algunos de ellos muy politizados. O que durante la primera reunión del Seminario abierto a participantes de las universidades españolas celebrada en la primavera de 1969, el profesor de Derecho Político Raúl Morodo aprovechara la estancia en Pau para atraerse al grupo promovido por Enrique Tierno Galván, a exiliados de «estricta obediencia» a la ejecutiva del PSOE controlada por Rodolfo Llopis desde la vecina sede de Toulouse.

Por lo demás, recelos mal disimulados sobre la naturaleza del evento tampoco faltaron en algunos asistentes primerizos al imaginar discusión de orden político del que hablaba la policía franquista donde sólo se trataba de reuniones a puerta cerrada para organizar el discurrir de comunicaciones y debate de cada jornada. Como tampoco estuvieron ausentes las suspicacias provocadas por el pasado de Tuñón de Lara vinculado al PCE, circunstancia frecuentemente de negativas a asistir a Pau por parte de colegas reiteradamente invitados por el propio mentor de los Coloquios. Era casi obligado, en los primeros años, lamentarse apesadumbrado de las descortesías recibidas por algunos colegas que respondieron con el silencio a sus sinceras invitaciones.⁶

En todo caso, las vibraciones emitidas hacia el sur de los Pirineos durante la fase francesa de los Coloquios no todas eran esperanzadoras. Pronto fueron un referente denostado por el entorno de los historiadores del Opus Dei, a la vez que un engorro para quienes identificándose profesionalmente con el proyecto de Pau, albergaban inmediatas expectativas de instalarse en la academia y se hallaban preparando —con paciencia de hormiga algunos— la estrategia de arañar los tres votos necesarios de los tribunales de oposiciones

6. Para Manuel Ramírez Los Coloquios «eran convenientes para unos y enojosos para otros. Se miraban con reticencia por los monopolizadores de la ciencia e investigación y por quienes no gustaban de acudir a las llamadas de un investigador comprometido frente al régimen anterior». En J. Luis de la Granja y Alberto Reig: *Manuel Tuñón de Lara. El compromiso con la historia*. Bilbao, Universidad del País Vasco, 1993; pág 332. En el epistolario que de este historiador conservo, en una carta del 27 de octubre de 1971 se mostraba moderadamente optimista ante la celebración del tercer encuentro, el del año siguiente: «Al Seminario, escribía, le llegan adhesiones por doquier. No por cierto del grupo catalán». Sin embargo en la siguiente epístola, del 3 de diciembre del mismo año, mejora la impresión de la anterior respecto de los catalanes aunque su satisfacción no era completa debido a que los últimos comprometidos no eran «del grupo vicensviveniano». En cualquier caso algún alivio encontró al añadir que «los de Burdeos no invitan ni a Vilar», se lamentaba en una carta del 6 de julio de 1972.

casi siempre controlados por miembros del citado Instituto Secular. En cualquier caso, para la inmensa mayoría, los viajes anuales a Pau compensaban el riesgo académico por tener la oportunidad de disfrutar de un encuentro intelectual en las antípodas de los enrarecidos ambientes que se respiraban en la mayoría de nuestras universidades de origen. Y porque permitían el intercambio de información sobre fuentes, métodos, estudios en marcha o concluidos pero no publicados, es decir, lo habitual en eventos de esta naturaleza en países como Francia, pero que en la España de Franco la libre investigación era una más del catálogo de libertades reivindicadas desde 1939.

En relación con la temática movimiento obrero/Coloquios de Pau, el ambiente tendió a sobredimensionar la imagen de estrecha relación. Baste recordar que, contra la impresión extendida, sólo uno entre los diez primeros Coloquios, el segundo, compartiría la aludida temática para el siglo XX y además compartida con la de las ideologías en el siglo XIX. Aún más, de los 264 historiadores participantes entre 1970 y 1979, sólo dieciseis estábamos entonces interesados en el tema, según datos reflejados en la espléndida síntesis que de los diez primeros coloquios hizo Pierre Malerbe, profesor en la Universidad de Toulouse y tenaz animador –junto Jacques Maurice de París VIII, J. F. Botrel de la de Rennes, y muchos otros hispanistas–, de aquella singular experiencia.⁷

Y respecto a que se registraran rotundos y/o calculados giros metodológicos, nada nuevo que no se encontrara en las anteriores publicaciones de Manuel Tuñón :las dos Españas, del XIX y del XX, aparecidas en 1961 y 1966 respectivamente (en esta última fecha *Historia y realidad del poder*) y el de mayor interés para muchos,entre los que me cuento, *Medio siglo de cultura española (1885-1936)*, publicado en 1970 el del primer Coloquio. Un libro cuyo enfoque será de tanto interés para la inmensa mayoría de los historiadores «literarios» del lado de acá de los Pirineos, como novedosa la inclusión en él de la temática de la Escuela Nueva y del papel desempeñado en ella por Nuñez de Arenas lo sería para los «sociales».

Sí fue cierto que tras las publicaciones que se acaban de citar, la temática del movimiento obrero absorbió durante algún tiempo la investigación de Manuel Tuñón. Dedicación que para quienes nos habíamos iniciado en la temática con anterioridad al inicio de los Coloquios, resultó llamativo el seguimiento que hizo desde su llegada a Pau todo lo que historiográficamente se movía en esa línea. Entre las casi cuarenta cartas que de él conservo del período 1967-1976 –la sordera que ya padecía en aquella fecha le convirtió en un apasionado de la comunicación epistolar en detrimento de la telefónica–, la primera se debió a la publicación en 1968 de mi modesta tesis doctoral sin previo conocimiento personal anterior.

7. «1970-1979», los Coloquios de Pau. Diez años de historia y de amistad. Y también diez años de España, nuestra vida» en M. TUÑÓN DE LARA Y OTROS: *Historiografía española contemporánea. X Coloquio del Centro de Investigaciones Hispánicas de la Universidad de Pau. Balance y resumen*. Madrid, Siglo XXI, 1980; pp.3-12.

Sin embargo, poco tiempo después ya nos informó de que su plan no contemplaba publicar nuevas obras de conjunto tipo *Las Españas.*, confiando en el crecimiento de las investigaciones regionales ya que, a diferencia de los hispanistas, anglosajones en especial, no solo tenía vedado por motivos políticos acudir a los archivos españoles sino cruzar los Pirineos. En su ánimo estaba latente culminar el trabajo iniciado por Núñez de Arenas en la segunda década del siglo, objetivo que cumplió con la publicación en 1972 de *El movimiento obrero en la historia de España.*

Un libro, como es sabido, situado casi en las antípodas de lo publicado hasta entonces por Manuel Tuñón en el que, casi haciendo alarde de actualización metodológica, abandona el «relato razonado», reduce la «instancia política» y sucumbe a la tentación estructuralista que, por un momento y no sin ingenuidad, entendió como panacea de cientificidad en respuesta a la tergiversada imagen que de su obra anterior había difundido el franquismo. En cualquier caso, el voluminoso libro de 955 páginas sobre el movimiento obrero, en absoluto era una «síntesis divulgadora» como Tuñón se empeñó en presentar, sino un estudio muy escorado a lo cuantitativo, de consulta más que de obligada lectura, nada de «manual» como habían funcionado entre algunos estudiantes las *Españas* anteriores. Circunstancia que se reflejaría en la menor cifra de ventas del libro, algo que a su autor le resultaba difícil entender, me consta. Un libro del historiador español afinado en la Universidad de Pau que junto al *Medio siglo de cultura* antes citado suscitó otra novedad: ser objeto de crítica discrepante por autores no pertenecientes a la «intelligentzia» franquista.⁸

Esplendor y declive en el último cuarto del siglo

Los procesos de politización intensos incrementan el consumo de historia, sobre todo si son tan excepcionales como el ocurrido en España en la década 1973-1982. ¿Se vió influenciado hasta ese punto el creciente gremio de los jóvenes historiadores militantes en el antifranquismo beneficiados por las mayores posibilidades de publicación? Una consulta a los repertorios bibliográficos así parece ponerlo de manifiesto.

8. Le afectó que fuera precisamente la Revista de Occidente en su número 123 de julio de 1973 la que acogiera en sus páginas 369-378 la crítica del Medio siglo... bajo el título «Una interpretación marxista de la cultura española de 1885 a 1936» firmada por Franco Meregalli. Y sobre todo que fuera este oscuro hispanista veneciano, de muy exigua obra, quien hiciera del libro una lectura sumaria, casi de mal gusto, en clave de supuesta militancia de Tuñón en el PCE; prejuicio que le lleva a censurar la importancia que el autor otorga al Informe de Jaime Vera y a la obra de Núñez de Arenas, una y otra apenas conocidas por Meregalli. Otorgó menor interés a la nota crítica de J. P. Fusi a las escasas publicaciones sobre el movimiento obrero aparecidas en España entre 1966 y 1972, aparecida en el mismo número de la citada revista. Principalmente porque tras reconocer este último autor lo que entonces aportaba la monografía de Tuñón de Lara no discrepaba de cuestiones de fondo, sino de la «fragmentación arbitraria» del contenido derivado del «esquema de exposición elegido por el autor (...) únicamente justificado, escribía, por razones pedagógicas...» (pp. 358-368).

Además de volverse sobre los grandes escenarios industriales y agrarios, aparecieron estudios comarcales y locales en tal cantidad que por un momento a muchos parecieron, más que un incentivo, un obstáculo a cualquier tipo de renovación metodológica. Sin embargo, no todos los historiadores veteranos lamentaron la proliferación aludida. El propio Tuñón de Lara no tuvo empacho en escribir en 1980 al hacer el balance de los diez primeros Coloquios que «intentar la historia del movimiento obrero en España es situarse en la columna vertebral misma de la historia»⁹.

Una declaración, sin embargo, que se producía cuando de puertas adentro el referente historiográfico francés (de C. Willard, A. Kriegel y otros) se hallaba en trance de ser sustituido por el británico. Cuando en el «soy socialista a fuer de liberal» que Indalecio Prieto formulara en los primeros años veinte, reemplazaba al marxismo en 1979 y ayudaba al PSOE a triunfar por mayoría absoluta de 1982. Lógico que dos años después, al cumplirse el cincuentenario de la insurrección de 1934, el congreso organizado en Oviedo discurriera bajo la sintonía del arrepentimiento del mismo mismo líder centrista por haber participado en la citada insurrección, sin que se ahondara en las motivaciones que indujeron al radicalismo largocaballerista para encabezar y no dirigir tan disparatado movimiento.

Lo que llegó un lustro después, a fines de los ochenta y primeros noventa, estrategias obreras defensivas, triunfo de la flexibilidad laboral y pasotismo sindical tampoco serán indiferentes a la actitud de los estudiosos. Demasiadas convergencias para que la historiografía del movimiento obrero dejara de acusar, como en la década del sesenta pero al contrario, la crisis del movimiento real. De nuevo se manifestó rapidez de reflejos, pero confiemos en que, al margen de caídas del Muro y adversidad de coyunturas reales, nuevos métodos, enfoques y temáticas sustraigan a la historia del movimiento obrero de la dependencia casi mecánica que le ha caracterizado a lo largo del siglo XX.

En M. TUÑÓN DE LARA Y OTROS, *op. cit.* p. 231.